

EL PECADO DE MENTIR

L. R. Shelton, Jr.

Hay un pecado que ha llevado a nuestra nación al borde de la condenación y maldición: *El pecado de mentir*. Siento la profunda convicción de que debo considerar para bien de nuestros corazones las palabras del noveno mandamiento: “No hablarás contra tu prójimo falso testimonio”. Sé que los pecados condenados en este mandamiento no parecen tan malos o tan carnales como los que prohíbe el sexto mandamiento: “No matarás”; ni como los que prohíbe el séptimo mandamiento: “No cometerás adulterio”; ni como los que prohíbe el octavo mandamiento: “No hurtarás”. Pero, amigo querido, ¿uno se puede ir al infierno por *mentir* tan seguro como se puede ir al infierno por cometer homicidio, robos o adulterio! De hecho, la Palabra de Dios nos dice en Apocalipsis 21:8 que el que viola este noveno mandamiento irá a parar al lago de fuego —que es la segunda muerte— junto con el homicida y el fornicario. Presta atención a Apocalipsis 21:8: “Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y *todos los mentirosos* tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda”.

Lo único que tenemos que hacer es ver en qué compañía estarán los que caen en este pecado para comprender lo vil y abominable que es a los ojos de Dios. Es digno de notar que parece ser un pecado que hace que la persona se *asemeje más el diablo* que por cualquier otro pecado. Porque el diablo es un espíritu, los pecados burdos y carnales no corresponden tanto a su naturaleza. Sus pecados son más refinados e intelectuales, como ser: el orgullo y la malicia, el engaño y la falsedad. Por eso leemos en Juan 8:44: “Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. Él ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque *no hay verdad en él*. Cuando *habla mentira*, de suyo habla, porque es mentiroso, y padre de mentira”. Cuanta más malicia esté incluida en la composición de una mentira, más se asemeja al diablo: así que mentir se relaciona más que ninguna otra cosa con el diablo.

Mentir es un pecado totalmente contrario a la naturaleza y el carácter de Dios, porque él es *Jehová Dios de la verdad* según el Salmo 31:5; por lo tanto nos dice la Biblia que los labios mentirosos son una abominación al Señor. Así como Satanás es un mentiroso y el padre de la mentira y Dios es el Señor Dios de la verdad, así los hijos de Dios se asemejan a él en esto: “Ciertamente mi pueblo son, hijos *que no mienten*”, como nos dice en Isaías 63:8.

Pero según Isaías 59:14: “El derecho se retiró, y la justicia se puso lejos; porque la verdad tropezó en la plaza, y la equidad no pudo venir”. El quebrantamiento de este noveno mandamiento es un pecado que se comete 10.000 veces al día desde la sede del gobierno hasta la choza junto al camino. ¡Es un pecado que Dios aborrece!

Comprendo que predicar sobre los mandamientos no es algo que gusta; nunca lo ha sido y nunca lo será. Pero ellos son la Palabra de Dios, y mi Biblia me dice que es por el conocimiento de la ley que el hombre llega a reconocer que es un pecador ante Dios; y a menos que la ley sea predicada, y la ley en las manos del Espíritu Santo sea usada como maestro para acercarte a Cristo, ¡nunca lo conocerás! Cada uno de nosotros ha pecado y está destituido de la gloria de Dios (Romanos 3:23), y por la ley es el *conocimiento* del pecado (Romanos 3:20). ¡Tenemos que saber esto!

No existe en la actualidad un pecado que sea cometido con tanta frecuencia y que se tenga menos en cuenta que este pecado de la lengua, este pecado del corazón este *pecado de mentir*, este pecado de hablar contra el prójimo falso testimonio. Proverbios 18:21 describe fehaciente y completamente a la lengua, este pequeño miembro de nuestro cuerpo que produce tanto pecado, dolor y sufrimiento en el mundo. Dice: “La muerte y la vida están en poder de la lengua”. ¡Qué palabras! ¡La muerte y la vida están en el poder de la lengua! ¡Puede matar o dar vida! Más adelante, nuestro Señor, en Mateo 12:37 dijo: “Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado”.

Presta atención a cómo la describe Santiago 3:5-8: “Así también la lengua es un miembro pequeño, pero se jacta de grandes cosas. He aquí, ¡cuán grande bosque enciende un pequeño fuego! Y la lengua es un fuego, un mundo de maldad. La lengua está puesta entre nuestros miembros, y contamina todo el cuerpo, e inflama la rueda de la creación, y ella misma es inflamada por el infierno. Porque toda naturaleza de bestias, y de aves, y de serpientes, y de seres del mar, se doma y ha sido domada por la naturaleza humana; pero ningún hombre puede domar la lengua, que es un mal que no puede ser refrenado, llena de veneno mortal”.

Con este miembro de nuestro cuerpo, la lengua, quebrantamos el siguiente mandamiento: “No hablarás contra tu prójimo falso testimonio”, porque este pecado precede de un *corazón perverso*. ¡Por él más vidas han sido arruinadas, más almas condenadas, más familias divididas, más amistades se han roto, más iglesias se han dividido y más discordia ha sido sembrada que por ningún otro pecado! Este pecado de mentir es cometido por este pequeño miembro de nuestro cuerpo, la lengua, porque la lengua es como un fuego que se extiende y arrasa con todo lo que encuentra a su paso. Tú y yo sabemos que esto es cierto.

Llevemos este tema a un terreno práctico para comprender todas sus ramificaciones –su profundidad, su crueldad, su efecto maldito y lo infernal que es– describiendo los pecados de la lengua que llevan al hombre a quebrantar este mandamiento. ¡Quiera el Señor grabarnos esto en nuestro corazón!

Primero, está la LENGUA CALUMNIADORA, ¡y qué lengua es ésta! El calumniador lastima el nombre, el carácter y la personalidad de otro de tal manera que no hay médico que pueda curarlos. Estas lastimaduras son profundas, y a veces no se curan en toda la vida. La Palabra de Dios dice en Proverbios 10:18: “El que encubre el odio es de labios mentirosos; y el que propaga calumnia *es necio*”. Presta atención: “Al que solapadamente infama a su prójimo, *yo lo destruiré*” (Salmo 101:5). ¡Oh Señor, qué culpables nos presentamos ante tu rostro y ante tu trono hoy por haber quebrantado este mandamiento al calumniar al amigo y al enemigo! No hay ni uno que esté escuchando este mensaje, y me incluyo, que no sea culpable de haber quebrantado este noveno mandamiento, especialmente en el aspecto de calumniar con nuestra lengua.

También cabe bajo este encabezamiento la *maledicencia* –hablar mal de alguien a sus espaldas, difamar el buen nombre de alguien censurando abiertamente o con insinuaciones. Aquí se incluyen también las críticas secretas y todas las demás formas en que la lengua lastima y daña el nombre y la reputación de otro. Tan seguro como que el diablo es el padre de la mentira, todo el que usa su lengua para calumniar y defraudar a su prójimo o dice palabras mentirosas, cabe dentro de este grupo de acusadores falsos, y es culpable ante Dios de quebrantar el noveno mandamiento. Y si quebrantamos éste, sabemos por lo que dice Santiago 2, ¡que hemos quebrantado todos!

Segundo, está la LENGUA CENSURADORA. Ésta es una lengua cruel que, como un fuego, destruye a todos y a todo los que son víctimas de sus ataques. Es un pecado del cual todos somos

culpables. ¡Cuánto remordimiento he sentido en *mi* corazón al estudiar y preparar este mensaje! Me ha llevado a clamar: “Oh Señor, soy culpable; soy culpable, oh Señor, de quebrantar este mandamiento. ¡Ten piedad de mi alma!” No sé en cuanto a ti, pero en cuanto a mí he tenido que elevar mis ruegos por este pecado más que por ningún otro –el censurar o juzgar a otros antes de tener todos los datos del caso. Presta atención a lo que Romanos 14:4 dice: “¿Tú quién eres, que juzgas al criado ajeno? Para su propio señor está en pie, o cae”. Y, amigo querido, te pregunto: “¿Nos cuidamos *nosotros* de no hacer las cosas por las cuales juzgamos a los demás?”

Presta atención a lo que dice Romanos 2:1-3: “Por lo cual eres *inexcusable*, oh hombre quienquiera que seas tú que juzgas; pues en lo que juzgas a otro, te condenas a ti mismo; porque tú que juzgas *haces lo mismo*... ¿y piensas esto, oh hombre, tú que juzgas a los que tal hacen, y haces lo mismo, que tú *escaparás* del juicio de Dios?” ¡No! ¡*No escaparemos* a menos que nos arrepintamos y tengamos un corazón quebrantado! Por lo tanto, ¡presta atención! “Tú, pues, que enseñas a otro, ¿no te enseñas a ti mismo? Tú que predicas que no se ha de hurtar, ¿hurtas? Tú que dices que no se ha de adulterar, ¿adulteras? Tú que abominas de los ídolos, ¿cometes sacrilegio?” (vv. 21, 22). Aquí en Romanos 2, Dios se está dirigiendo a cada testigo, cada maestro y cada predicador, y nos obliga a preguntarnos a nosotros mismos: “¿Hacemos *nosotros* las mismas cosas contra las cuales predicamos o que condenamos en los demás?” “¡Culpables somos, Señor!” tenemos que clamar. “¡Ten piedad de nosotros!” Y, mi amigo, esta lengua censuradora que quebranta el noveno mandamiento ¡es una abominación a los ojos de Dios!

Tercero, está la LENGUA MENTIROSA. Proverbios 6:16-19 nos dice: “Seis cosas aborrece Jehová, y aun siete abomina su alma: Los ojos altivos, la *lengua mentirosa*, las manos derramadoras de sangre inocente, el corazón que maquina pensamientos inicuos, los pies presurosos para correr al mal, el testigo falso que *habla mentiras*, y el que siembra discordia entre hermanos”. Porque Dios aborrece la mentira, lo demostrará castigando al mentiroso en el infierno a menos que éste se arrepienta y sea lavado en la sangre de Cristo. Amigo querido, no existe nada más contrario a Dios que una mentira porque, recuerda, Dios es verdad; toda mentira procede del diablo y brota de un corazón perverso.

A mi parecer, no hay en la actualidad ningún pecado que sea tan preponderante como la mentira. El que alguien “dé su palabra” ya no significa nada. La honestidad es una virtud bendita que ha sido pisoteada en las calles. Hay mentiras entre las naciones. ¡Las alianzas ya no significan nada! Hay mentiras entre los oficiales del gobierno que elegimos; ¡la verdad parece ser algo difícil de encontrar porque el corazón por naturaleza es ante todo engañoso y *desesperadamente perverso*! Toda mi vida he dicho que el hombre prefiere escalar un pino y decir una mentira que quedarse en el suelo y decir la verdad. ¡Y tú y yo sabemos lo difícil que es escalar un pino!

El hombre es *mentiroso por naturaleza*; miente todos los días y le resta importancia, ¡pero Dios *lo aborrece*! Presta atención a lo que dice el Salmo 58:3: “Se apartaron los impíos desde la matriz; se descarriaron hablando mentira desde que nacieron”. Tú y yo sabemos que no tenemos que enseñarle a mentir a un niño. Mentir es parte de su naturaleza. Pero Dios aborrece este pecado porque es contra su ley y su naturaleza santa; a menos que uno se arrepienta y sea lavado por fe en la sangre de Cristo, será castigado en el infierno, tal como lo declara Apocalipsis 21:8: “Todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda”.

Cuarto, está la LENGUA VULGAR que quebranta el noveno mandamiento. Algunos creen que es natural decir malas palabras e insultar cada vez que abren la boca, pero Dios opina lo contrario. Ojalá supieran que en el día del juicio tendrán que rendir cuenta de cada palabra ociosa que han dicho (Mateo 12:36), ¡y cuánto castigo más les espera por el pecado de proferir

juramentos pecaminosos! ¡Oh, el juicio que le espera a la lengua llena de malas palabras y maldiciones! “Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado” (v. 37).

Quinto, está la LENGUA CRUEL. Esta lengua habla para lastimar el corazón de los demás. Las palabras reconfortantes son las mejores para el corazón quebrantado, pero la lengua cruel dice, sin misericordia, palabras para darles una puñalada en el corazón a los que sufren. La Biblia dice que la blanda respuesta quita la ira, mas la palabra áspera hace subir el furor (Proverbios 15:1). Debes comprender, amigo querido, que el que tiene una lengua cruel tiene que exteriorizar todo su veneno y odio; tiene que descargarse de ellos; tiene que echárselos todo a amigos y enemigos. Tiene que decirlo todo, sin importarle a quién lastima. No sabe nada de 2 Timoteo 2:25 que aconseja “que con mansedumbre corrija a los que se oponen, por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad”. El individuo que tiene una lengua viperina no posee el Bálsamo de Galaad para dar curar los corazones y espíritus lastimados. Lo único que sabe es ser cruel, y aplastar aún más a su víctima indefensa. Esta lengua cruel quebranta el noveno mandamiento y es objeto de la condenación de Dios a menos que se arrepienta, confiese su pecado y se aparte de él. ¡Quiera Dios darte un corazón nuevo para amar en lugar de odiar!

Sexto, está la LENGUA MURMURADORA. Ésta es una lengua que quebranta el noveno mandamiento porque cuando murmuramos y nos quejamos de nuestra suerte en la vida, ¡definitivamente estamos dando falso testimonio *contra Dios*! De hecho, estamos diciendo que Dios no nos está tratando bien al dejar que nos sucedan estas cosas en la vida.

Amigo querido, Dios no pasa por alto este pecado. Nos ha dejado muchos ejemplos de sus tratos con los hombres al condenarlos por haber proferido acusaciones injuriosas contra él. Leemos en 1 Corintios 10:10 estas palabras: “Ni murmuréis, como algunos de ellos murmuraron, y perecieron por el destructor”. Se refiere a los hijos de Israel que habían murmurado y se habían quejado constantemente por la suerte que corrían en el desierto hasta que por fin Dios les aplicó su condena. Por lo tanto, el apóstol usó esto para advertirnos en 1 Corintios 10:11: “Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y *están escritas para amonestarnos a nosotros*, a quienes han alcanzado los fines de los siglos”. ¡Nos conviene analizar bien nuestra alma antes de acusar a Dios de tratarnos injustamente!

La murmuración es expresión de un descontento: o sea que lo que sale de la boca nace de un corazón rebelde contra Dios. ¿Por qué tiene uno que murmurar o estar descontento con su condición? ¿Acaso Dios nos debe algo? ¿Merecemos que Dios nos dé *alguna cosa*? ¡No! ¡Mil veces *no*! ¡Lo único que merecemos es justicia en el infierno! Amigo querido, ¿sabes que todo lo que recibimos de Dios es por pura gracia? Por lo tanto, demos gracias por todo, y, teniendo sustento y abrigo, estemos contentos (1 Timoteo 6:8).

¡Oh, qué pecado es murmurar y quejarse contra la providencia de Dios! Es, por cierto, quebrantar este noveno mandamiento, lo cual hace a los culpables objetos de la ira y condenación de Dios. ¿Estás prestando atención? ¡No tengo palabras suficientes para hablar en contra de este pecado de murmurar que vemos por doquier en la actualidad! Parece anidar en cada corazón y, por lo tanto, es un pecado contra el cual tenemos que luchar, contra el cual tenemos que clamar y del cual debemos apartarnos con todas nuestras fuerzas porque es un pecado tan vil contra la bondad de Dios, la misericordia de Dios y la gracia de Dios.

Mi amigo querido, ¿no sabes acaso que Dios ha sido bueno con nosotros como nación? Ha sido bueno con nosotros como individuos. ¡Sus misericordias son nuevas cada mañana, *grande* es su fidelidad! (Lamentaciones 3:23). ¡Cuánto necesitamos arrepentirnos de este pecado que acusa

a Dios de ser cruel, duro, malo y falto de amor y comprensión! ¡Adjudicamos este pecado a Dios, pero deberíamos adjudicarlo *a nosotros mismos!* Éste es un pecado *grave*. ¡Es *nuestra* falta de oración, *nuestra* incredulidad, *nuestra* pereza, *nuestro* egoísmo, *nuestra* falta de compasión y *nuestro* descontento lo que tiene la culpa de *nuestra* condición actual! Hemos tomado el dinero de Dios y lo hemos usado para nosotros mismos; hemos tomado el día de Dios y lo hemos pasado como nos daba la gana; hemos tomado la Palabra de Dios y usado únicamente sus promesas, desentendiéndonos de sus preceptos y mandamientos. Hemos convertido a la verdad de Dios en una mentira y hemos adorado a la criatura en lugar del Creador. Hemos adorado a los dioses del placer, del deporte, de la ciencia, de la educación; hemos adorado a los dioses del oro y la plata, y, sí, también al dios del *yo* más que al Dios verdadero y viviente tal cual nos ha sido revelado en el Señor Jesucristo.

Como nación, nos hemos inclinado ante los dioses de la comida y la bebida, y hemos hecho de nuestro estómago un dios. Y, para colmo, hemos hecho de *nuestro* gobierno un dios, apelando a Washington para que satisfaga todas nuestras necesidades, en lugar de depender del Dios verdadero y viviente, y de derramar nuestro corazón ante él. Nos enojamos con nuestro “diosito” en Washington, ¿no es cierto? Lo apaleamos, lo maldecimos, nos enojamos con él, escribimos artículos en su contra en los periódicos y revistas, lo insultamos de mil maneras. Pero por otro lado queremos que nos rescate de todas nuestras dificultades –como ser: después de cada desastre, cada cosecha perdida-- ¿no es cierto?

¿No es culpable de esto nuestra nación en la actualidad? ¡Por supuesto que sí! Pero Dios nos dice que hemos sufrido estas cosas *por nuestros pecados*. Y no obstante, continuamos en nuestra incredulidad ciega, murmurando contra el Dios viviente, y diciendo: “¡Un Dios de amor no nos trataría así!” ¡Pero en realidad somos *nosotros* los que tenemos la culpa porque nos hemos apartado del Río de Agua Viva, de Dios mismo, y hemos depositado nuestra fe en cisternas rotas, en el “diosito” en Washington!

Me resulta sorprendente que Dios no nos haya arrojado a todos al infierno. Y amigo querido, no lo ha hecho por la maravillosa gracia y paciencia que nos sigue teniendo en la actualidad. “Por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos, porque nunca decayeron sus misericordias” (Lamentaciones 3:22). Y porque todavía extiende el cetro de su gracia y misericordia, insto a cada uno de nosotros que caigamos a sus pies diciendo: “Señor, he pecado contra ti y contra tu trono; he quebrantado este noveno mandamiento. Acudo a ti arrepentido, acudo confesando mi falta, y clamo a ti pidiéndote misericordia por los méritos de la sangre derramada del Señor Jesucristo”.

Sin of Lying - Spanish